

COR AD COR LOQUITUR

Aproximación teológica a la oración de Newman

RESUMEN

El autor estudia el lugar que ocupó la oración en la vida de Newman en su etapa anglicana como católica. A través de un recorrido por la vasta obra del converso inglés intenta una aproximación a su doctrina sobre la oración, tanto en sus formas como contenido; mostrando asimismo los peligros a los que siempre debe hacer frente esta práctica en la vida de fe.

Palabras clave: oración, sentido del misterio, virtudes y defectos del orante, discernimiento.

ABSTRACT

The autor studies the role that prayer had in Newman's life during his Anglican and Catholic phases. Through a visit to the wide work of English converts, he tries an approach on his doctrine of prayer, both in its shape and content, showing the dangers that this practice encounters when living in the faith.

Key Words: prayer, sense of mystery, virtues and defects of the devoted who prays, discernment.

1. Introducción

John Henry Newman tuvo en 1816, cuando contaba quince años de edad, una extraordinaria experiencia religiosa, después de la cual se sintió unido a Dios de manera muy intensa, y que expresó con estas palabras: “*en el mundo existen sólo dos seres absoluta y luminosamente auto evidentes: yo y mi Creador.*”¹ Esta unión se hizo cada vez más fuerte con el paso del tiempo, llegó a absorberlo completamente, y a orientar todo su pensamiento y acción. Ella era una relación de fe, que se basaba sobre la certeza de la revelación cristiana, del amor a Dios por él, y se manifestaba en una oración constante y fervorosa.

La oración se convirtió en la ocupación preferida de Newman, marcó el tono de sus días, asumiendo aspectos nuevos en las fases sucesivas de su larga vida. Lo acompañó y confortó en el período en que fue estudiante en Oxford; se hizo más frecuente y abierta a los demás cuando fue nombrado párroco en la iglesia universitaria de St. Mary; se volvió apasionada durante el movimiento de Oxford, iniciado en 1833, y en los años de crisis que precedieron a su conversión al catolicismo. Después del ingreso en la Iglesia Católica, en 1845, la oración asume otra tonalidad, se enriqueció de una nueva dimensión: se volvió más simple, más confiada, podría decirse más popular, expresándose en las prácticas y en los ejercicios de devoción propios de la piedad católica.

Newman no encerró en sí mismo una experiencia tan grande, sino que la hizo materia de reflexión para comprenderla mejor y llevarla al conocimiento de los otros. En esta elaboración, no se limitó a revelar sus sentimientos personales, sino que los enriqueció con el estudio y el aporte de aquello que podríamos llamar las fuentes de la oración, tales como la *Biblia*, su pan cotidiano desde que era niño, su libro de lectura y meditación continua; la *tradición cristiana*, sobretudo los Padres de la Iglesia, que leyó completos en orden cronológico; los teólogos anglicanos, los llamados *Carolines Divines* del 1600 que tuvieron un enorme influjo en su formación teológica y espiritual, y el *Prayer Book*, el libro oficial de la oración anglicana para todos los tiempos del año.

1. *Apo.* 32. Las citas están tomadas de la edición preparada por VICTOR G. RUÍZ Y JOSÉ MORALES, J. H. NEWMAN, *Apología pro Vita Sua. Historia de mis ideas religiosas*, Madrid, Encuentro, 1996.

Afirmado en su experiencia personal y en la doctrina de tales fuentes autorizadas, Newman trató muchas veces sobre la oración en sus escritos y en la predicación, dedicándole expresamente algunos sermones, desarrollando los aspectos más relevantes. El conjunto nos presenta una oración de alto nivel, provista de rasgos inconfundibles: una oración noble, sostenida, incisiva, a veces polémica, que no concede nada a la improvisación y al facilismo.

En 1879 al serle conferido el Cardenalato por el Papa León XIII, eligió como lema de su escudo heráldico la expresión *cor ad cor loquitur* (el corazón habla al corazón). Estas palabras resumen muy bien el estilo de la oración newmaniana, porque muestran el acto orante, al interior del diálogo que se establece entre el hombre y Dios.

Actualmente, no obstante el ruido de una sociedad distraída y superficial, se percibe en muchos, una nostalgia del sentimiento religioso y una búsqueda de interioridad. Para el hombre sediento del encuentro con Dios, Newman se ofrece como guía seguro que puede acompañar en el aprendizaje de la ardua tarea que supone la oración.²

En las siguientes reflexiones intentaremos exponer los lineamientos fundamentales de su experiencia orante como de su doctrina sobre la oración. Buscamos también responder a los cuestionamientos y dificultades que hoy se presentan con más frecuencia en torno al tema de la oración, tanto en su contenido como en sus formas.

2. La oración en la trama de su vida

“Oh Santísimo y amabilísimo Corazón de Jesús, tu estás escondido en la Santa Eucaristía, y aquí palpitas siempre por nosotros. Ahora como en otro tiempo tu dices: Desiderio desideravi, ‘he deseado ardientemente’. Te adoro con todo mi amor y con toda mi veneración, con mi afecto ferviente y con mi voluntad cada vez más dócil y animosa. ¡Oh Dios mío!, cuando tu vienes a mi en la santa comunión y pones en mí tu morada, haz que mi corazón palpite al unísono con el tuyo.

2. Cf. Mensaje del PAPA JUAN PABLO II con ocasión del II centenario del nacimiento del Cardenal Newman, *L'Osservatore Romano* n° 11 (2001) 8. Sobre la espiritualidad de Newman puede verse: BOUYER, LOUIS, NEWMAN, *His Life and Spirituality*, London, Burns and Oates, 1958; C. S. DES-SAIN, *The Spirituality of John Henry Newman*, Minneapolis, Winston Press, 1977; I. KER, *Healing The Wound of Humanity. The Spirituality of John Henry Newman*, Darton. Longman + Todd, London, 1993.

Purifícalo de todo aquello que es orgullo y sensualidad, de toda dureza y crueldad, de toda perversidad, desorden y tibieza.

Cólmalo a tal punto de ti, que ni los acontecimientos cotidianos, ni las circunstancias de la vida, puedan lograr perturbarlo, y en tu temor y en tu amor pueda encontrar la paz”.³

Esta plegaria para la adoración eucarística, tomada de sus *Meditations and Devotions*, es un bello ejemplo de cómo la oración constituyó la trama espiritual en la vida de Newman. En efecto, él fue sin duda un hombre dotado de brillantes dones intelectuales; sus investigaciones filosóficas han contribuido a la historia del pensamiento y de la cultura, y sus escritos teológicos y espirituales, notables por su claridad de expresión, le han merecido un puesto de honor entre los escritores religiosos de la época moderna.

Pero junto a esta cualidad de estudioso, hay en él una dimensión espiritual que animaba y guiaba la anterior, teniéndola alejada del error, y confiriéndole a sus escritos un poder de atracción y persuasión poco común en otros escritores de su tiempo. Este centro espiritual que permite aunar ciencia y contemplación, no es otro, que la misma vida personal de Newman; una vida de fe, de virtud y piedad, sostenida y alimentada por la oración constante.

Para Newman la oración es simplemente la conversación del hombre con su Dios y Creador. Es la voz de la fe, que pone al hombre en comunión con un mundo más elevado y que hace al cristiano capaz de ejercitar su condición de hijo de Dios:

“Nuestra conversación está en los cielos, afirma S. Pablo (Fil. 3, 20). La oración y la alabanza son las expresiones de esta conversación celeste. Son la expresión de la típica actitud cristiana de escrutar y esperar la venida de Cristo, el ‘Sursum Corda’ que pone al creyente en contacto con el cielo mientras todavía vive en el mundo”.⁴

La oración ha sido en Newman un hábito cultivado durante toda su vida. Este se originaba en la clara conciencia que tuvo desde muy joven, de la presencia de Dios y de su santidad. Sobre esta experiencia escribe en su Apología: “Cuando tenía quince años (en el otoño de 1816), se produ-

3. J. H. NEWMAN, *Meditazioni e Preghiere*, a cura de Giovanni Velocci, Milano, Jaca Book, 2002, 106; en adelante MD.

4. Cf. “Waiting for Christ” en *Sermons preached on Various Occasions*, London, 1908, 85; en adelante SVO.

jo en mí un gran cambio interior. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi intelecto la marca de lo que es un dogma, que gracias a Dios nunca se ha borrado ni oscurecido”.⁵

¿Cómo se produjo este gran “cambio de pensamiento” y cuales fueron las consecuencias? En el verano de 1816, Newman permaneciendo en la escuela Ealing (Londres) a causa de una enfermedad y de dificultades económicas en la familia, lee el libro *Force of Truth* de Thomas Scott.⁶

Este libro –al igual que sucedió en San Agustín con la lectura de Hortensio– tuvo un grandísimo influjo sobre el alma de Newman. Lo guió ante todo a una gran certeza acerca de la existencia de Dios: “Fue él –confiesa– quien primero plantó en mi mente esa fundamental verdad de la religión”.⁷ Esta certeza del dogma se expresa de dos modos, por una parte le hizo entender la variedad de las cosas de este mundo. Dice en la Apología que esta experiencia tuvo el efecto de “aislarme de las cosas que me rodeaban, en confirmar mi desconfianza hacia la realidad de los fenómenos materiales, y en hacerme descansar en el pensamiento de dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente auto evidentes: yo y mi Creador”.⁸

Esta clásica expresión newmaniana, encierra una percepción y experiencia central en su espiritualidad, ajena a todo subjetivismo, en cuanto que el hombre queda abierto al misterio trascendente de Dios. El sermón *La individualidad del Alma*⁹ de 1836 constituye un excelente comentario a esta expresión. Individualidad del alma es otro nombre para designar su inmortalidad. El descubrimiento de que Dios es amor, lleva a descubrir la responsabilidad personal de cada uno ante Dios. El hombre no está hecho sólo para la vida inmortal sino para una inmortalidad que es participación en la vida eterna de Dios. No es la cuestión abstracta de la distinción metafísica entre cuerpo y alma que Newman tiene en mente. Lo que entiende por inmortalidad (o individualidad) del alma, es que el hombre está destinado no a una vida sin fin solamente, sino a una vida con Dios.

5. Apo. 31.

6. Thomas Scott (1747-1821), fue clérigo anglicano, de doctrina y piedad calvinista. Su comentario sobre la Biblia, publicado desde 1788 a 1792, alcanzó extraordinaria difusión entre los evangelistas. Murió en Aston Sandford cerca de Oxford, de donde era párroco desde 1801. Su autobiografía, *The Force of Truth* (1779) tuvo gran difusión.

7. Apo. 32.

8. Apo. 32.

9. Cf. “The Individuality of the Soul” (27.III.1836), J.H. NEWMAN, *Parochial and Plain Sermons*. Ignatius Press, San Francisco, 1997, 784; en adelante PPS.

Con particular intensidad reaparece esta idea al final de su vida cuando reflexiona sobre la perspectiva de la vida futura:

“Mirando más allá de esta vida, mi oración primera, mi anhelo, mi esperanza ardiente es ver a Dios. El pensamiento de reencontrarme allá con mis queridos amigos de la tierra palidece ante aquel otro. Sí, creo que nunca moriré; esta expectativa tremenda de la inmortalidad me aplastaría si no fuera porque confío y pido que sea una eternidad en la compañía de Dios. ¿Cómo puede ser la eternidad algo bueno si no es con él? Para la gente que quiero mi única oración es que ellos también vean a Dios”.¹⁰

Con un planteo más bien de tipo psicológico, Newman señala lo que ya S. Agustín denominaba “*inquietud del corazón*”¹¹ y Sto. Tomás “*deseo natural de ver a Dios*”,¹² indicando así la orientación del hombre hacia su Creador. Por un lado muestra la insatisfacción que provocan las cosas creadas, al no poder saciar aquella “capacidad” que el hombre tiene de lo Absoluto, y por otro, indica la oración como la cualidad que permite al alma descubrir su origen y buscar en él su sosiego:

“Reparamos poderosamente en la relatividad y debilidad de las cosas de este mundo; nos damos cuenta que hacen promesas que luego no cumplen. Las cosas nos defraudan. Y si cumplen lo prometido, no acaban de satisfacernos. Buscamos algo que no sabemos bien lo que es, pero estamos seguros de que el mundo no nos lo ha dado. Además, ¡los cambios en esta vida son tantos, tan repentinos, tan mudos, tan constantes!

El mundo nunca deja de cambiar y sigue cambiando hasta entristecernos; hasta un punto en el que desaparece nuestra confianza en él. Se hace patente que no podemos seguir dependiendo de él, a menos que marchemos a su paso y cambiemos nosotros también, cosa que no podemos hacer. Sentimos que mientras el mundo cambia, nosotros somos uno y el mismo, y así, con la ayuda de Dios, llegamos a per-

10. Cf. *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, Edited at The Birmingham Oratory with notes and introduction by C. S. DESSAIN and T. GORNALL, S. J., volume XXIX (to John Rickards Mozley, Feb. 26.1880) 241, Oxford, Clarendon Press, 1976; en adelante LD.

11. Cf. *Conf.* I. 1; también *Conf.* VII 8: “*Con agujones internos me espoleabas para que no estuviese tranquilo hasta llegar a la certeza de tu existencia*”. A esto alude también el P. Henri De Lubac al hablar del “deseo desconocido”, en *El misterio de lo sobrenatural*, Encuentro, Madrid, 1991, 227.

12. Cf. *Q. disp. de Spe* 1ad 6. Este *desiderium naturale videndi Deum*, le sirve a Sto. Tomás para cualificar la aspiración que hay en el espíritu humano, experimentable bajo la forma de tendencia a la felicidad y a la contemplación de la verdad. Por eso no se trata de un aspecto particular del hombre. Más bien la define como la situación fundamental de la existencia humana, que apunta siempre más allá, como “movimiento abierto al futuro”, y que siempre se concreta en tres posibles opciones, que dibujan claramente cual es el término del deseo de Dios: *o la resignación, o la desesperación, o la esperanza* (Cf. *Sc G* III, 48; IV, 54; *Sth.* I q. 75 a. 6)

cibir algo de lo que significan nuestra independencia respecto a las cosas temporales y nuestra inmortalidad.”¹³

En numerosas ocasiones, Newman ha relacionado el tema de la inmortalidad del alma con la necesidad de la oración. En el que es considerado su primer sermón anglicano de 1826, partiendo de un pasaje de la carta a los Hebreos: “*Santidad, sin la cual nadie verá al Señor*”, sostiene que el ejercicio de la santidad le es exigida al cristiano como una preparación a la vida bienaventurada. Santidad no es otra cosa que guardar los mandamientos de Dios; hacer las cosas como Él quiere que las hagamos; vivir habitualmente en la visión del mundo futuro, como si hubiéramos roto los lazos de esta vida, y hubiéramos muerto ya.¹⁴

Newman reconoce que el hombre suele engañarse en las verdades de la fe, y en este caso muchas veces considera el cielo un lugar como esta tierra, un lugar donde cada uno puede elegir y hacer su propio gusto. En este mundo el hombre encuentra en el trabajo, la ciencia, la literatura y la política su ocupación y su placer. Pero en el mundo venidero, donde Dios será todo en todos, es totalmente diferente. Para ese estado de bienaventuranza eterna, Dios le ha dado al hombre como preparación, esta vida. La santidad, y la oración constituyen esta preparación, que Dios exige a todos los hombres a los que hace partícipes de su vida divina. La oración, en efecto, “instaura” en nosotros el modo de vida de los bienaventurados. Ella es proporcional, no solo a nuestro estado de peregrinos, sino a nuestra futura condición de ciudadanos del Cielo. Newman parece decirnos que en la oración hacemos cada día, lo que un día haremos por toda la eternidad.

“El cielo no es como este mundo. Voy a decir que es mucho más como una iglesia. Porque en un lugar de culto público no se escucha ningún lenguaje de este mundo, no hay planes traídos por objetivos temporales, grandes o pequeños, ninguna información de cómo fortalecer nuestros intereses mundanos, extender nuestra influencia o establecer nuestro crédito...Aquí escuchamos sola y enteramente de Dios. Le alabamos, le adoramos, le cantamos, le agradecemos, lo confesamos, nos entregamos a Él, y pedimos Su bendición. Y por lo tanto, una iglesia es como el cielo; porque tanto en una como en otro hay un único soberano asunto ante nosotros: la religión”.¹⁵

13. Cf. “*The immortality of the Soul*” (21.VII. 1833), *PPS* I, 2 17.

14. Cf. “*Holiness necessary for Future Blessedness*, 1826, *PPS* I, 1 5 y 6.

15. *PPS* I, 1 7.

Este adiestramiento por el que el hombre se prepara ya desde este mundo para el cielo, tiene en la oración como en la vida moral sus deberes fundamentales, los cuales dan a la vida de fe un sello inconfundible de autenticidad y sinceridad. Al examinar la propia vida con todos sus actos, a la luz de la mirada de Dios, Newman nos descubre la responsabilidad que nos toca a cada uno en esta tarea:

“No hemos sido enviados a esta tierra para nada. No hemos nacido por casualidad. No estamos aquí para dormir durante la noche, levantarnos por la mañana, buscar alimento, beber y comer, reír y bromear, ofender a Dios cuando nos viene en gana, reformar nuestra vida cuando nos cansamos de pecar, criar hijos y morir. Dios contempla a cada uno de nosotros, crea toda alma, la infunde, una a una, en un cuerpo, y lo hace con una intención. Nos necesita, se digna necesitar a cada uno de nosotros. Tiene un plan para cada hombre. Somos iguales en su presencia, y nos sitúa en diferentes circunstancias y estados, no para hacer en ellos lo que nos plazca, sino en orden a trabajar para Él. Igual que Cristo tuvo una tarea, nosotros tenemos la nuestra. Igual que Él cumplió gozoso su trabajo, también nosotros hemos de alegrarnos en el nuestro.”¹⁶

Es en este sentido que Newman considera la oración no tanto como un “*privilegio*” sino como un “*deber*”. Como veremos luego, la oración hunde sus raíces en el misterio mismo de Dios; su estímulo y motivación últimas la encuentra en la fidelidad de Dios hacia el hombre, expresada en el Amor creador y redentor, por el cual sostiene nuestra existencia, llamándonos a compartir una vida mas alta, sobrenatural, que solo la fe puede captar y la oración experimentar:

[...] lo que ahora diré concerniente a la oración, no la consideraré en cuanto privilegio, sino como un deber, pues hasta que no tenemos alguna experiencia de los deberes de la religión, somos incapaces de tomar parte propiamente en los privilegios. Es demasiada la moda del día, ver la oración principalmente como un mero privilegio, tal, que ser negligente es sólo inconsiderado, pero no pecado. Es optativo.”¹⁷

Llegados aquí podemos ya vislumbrar cual es la doctrina de Newman sobre esta práctica, a la que llama justamente: “*la verdadera esencia de toda religión*”;¹⁸ y al punto de citar con total aprobación, la drástica

16. J.H. NEWMAN, *Discourses Addressed to Mixed Congregations*, introduced and edited by James Tolhurst, vol. VI, Millenium Edition, Gracewing, Leominster, 2003, 128-129; en adelante *Mix*.

17. cf. “*Times of Private Prayer*” (20.XII.1829), *PPS* I, 19 158.

18. Cf. *A Letter to Pusey*, in *Diff.* II, 68.

frase de su Padre espiritual S. Felipe Neri: “*Un hombre sin oración es un animal sin razón*”.¹⁹

En uno de los más bellos sermones en donde Newman trata sobre la oración y que lleva por título *Mental Prayer*, establece una luminosa analogía entre la vida del alma y del cuerpo:

“No sabemos cómo dé Dios la vida a nuestras almas, de la misma forma que tampoco sabemos cómo da la vida a nuestros cuerpos. La vida de nuestro espíritu, según S. Pablo «está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3, 3); y a semejanza de cómo se manifiesta la vitalidad del cuerpo a través de los movimientos del mismo, la presencia del Espíritu en nosotros se revela a través de la actividad espiritual, bajo la forma de la plegaria continua. La plegaria representa para la vida espiritual lo que las pulsaciones y la respiración para la vida del cuerpo. Pensar vivo un cuerpo frío, inmóvil e insensible, es tan absurdo como considerar viva un alma que no reza.”²⁰

Newman subraya aquí el término de la analogía, mostrando, que del mismo modo que el latido de un corazón es connatural a un cuerpo vivo, así la oración lo es para el alma. El alma de una “fe real” está en la oración, porque es ella la que mantiene vivo el diálogo amoroso con Dios, por el que el alma cumple aquello de S. Agustín cuando dice que ella está más presente “*ubi amat plus quam ubi animat*.” De aquí se desprende la necesidad de la oración constante de la que habla S. Pablo (1 Tes. 5, 17), por lo que la oración debe ser en la vida cristiana, algo tan simple como las relaciones que tenemos con aquellos a los que amamos, algo tan natural como el aire que respiramos. Newman insiste en el citado sermón:

“Puede temerse, desde luego, que mucha gente no rece en determinados momentos, ni se mantenga en comunión habitual con Dios. Es fácil comprender cómo se comporta: La plegaria se considera como una actividad ocasional, a la que se recurre cuando se siente la necesidad de la asistencia divina, cuando se está atribulado o se tiene miedo, o bien, cuando la sensibilidad está particularmente excitada: en efecto, se ignora qué puede ser una religiosidad habitual o el ejercicio de la presencia de Dios durante un cierto tiempo en determinados momentos. Es doloroso comprobar que inclusive los mejores cristianos carecen del espíritu de plegaria. Que trate cada uno de confrontar las muchas veces que ha sentido la necesidad de rezar mientras era víctima de las preocupaciones, con las raras veces en que ha dado gracias a Dios por haber oído sus plegarias, y se dará cuenta de cuán poco posee el verdadero hábito de la plegaria y de cuánto depende su piedad de una emo-

19. *MD* 188.

20. Cf. “*Mental Prayer*” (13.XII.1829), *PPS*. VII, 15 1538.

ción accidental, lo cual no testimonia desde luego, que se posea un corazón verdaderamente cristiano.”²¹

Con estas afirmaciones y otras que podrían traerse a ejemplo, no debe sorprender que Newman haya hecho de la oración un hábito durante todos los períodos de su vida. Su espíritu de oración fue desarrollándose, no sin dificultades, de allí que aconsejara siempre la abnegación como criterio de seriedad religiosa. De la práctica perseverante de la oración pudo también decir:

“Levantaos en la mañana con el propósito (quiera Dios) de que el día no pasará sin su abnegación [...] Este también es el modo para mantener tu corazón despierto. Pruébate cada día en pequeños actos, para demostrar que tu fe no es un engaño.”²²

3. El sentido del misterio

Hemos mencionado ya, como Newman tuvo desde muy joven, una clara conciencia de la “presencia de Dios” y cómo en la necesidad y práctica de la oración constante, expresaba el “estar frente” a esta Presencia. Algunas lecturas anglicanas,²³ junto al descubrimiento de los Padres alexandrinos,²⁴ fueron forjando en su pensamiento, lo que él llamó el “principio sacramental”²⁵ es decir la doctrina de que los fenómenos materiales son a la vez tipo e instrumentos de cosas reales e invisibles.

Newman considera lo visible como la cáscara exterior de un mundo misterioso, que mientras quita a nuestra mirada las invisibles grandezas de Dios, al mismo tiempo no las hace presentes. En el sermón *The Invisible world* de 1837, considerado una de sus grandes homilías, resume magistralmente su pensamiento: “Las cosas creadas proceden de un centro de amor y bondad que es el mismo Dios, pero no son su plenitud; hablan del cielo pero no son del cielo. No son en cierto modo, sino deste-

21. *Ibid* 1540; el mismo argumento puede verse en el sermón “*The Good Part of Mary*” (26.X.1834) PPS III, 22 685.

22. Cf. “*Self Denial The Test of Religious Earnestness* (22.XII.1833), PPS.I 5 49; también con relación a la oración en medio de los deberes cotidianos, el bello sermón: “*Doing Glory to God in Pursuits of the World*” (1.XI.1836) PPS. VIII, 11 1656.

23. *Apo.* 36 y 43.

24. *Apo.* 49-50.

25. *Apo.* 43.

llos perdidos y débil reflejo de su Imagen; son tan solo migajas de la mesa. Nosotros esperamos la llegada del día de Dios, cuando todo este mundo exterior, aunque bello perecerá, cuando los cielos sean quemados y la tierra quitada”.²⁶

El principio sacramental, Newman lo aplica a numerosas realidades: a la naturaleza, la historia, la Iglesia, la sociedad y los ángeles. Bajo este ángulo visual, considera el desarrollo histórico del mundo: “Hay dos mundos, el visible y el invisible, como dice el Credo: el mundo que vemos y el que no vemos; y el mundo que no vemos existe tan verdaderamente como el que vemos: [...] Fijaos que la gente habla a menudo como si el otro mundo no existiera ahora sino solo después de la muerte. Pero no es así: existe “ahora”, aunque no lo veamos. Está entre nosotros y nos rodea”.²⁷ Pero el principio sacramental subsiste con mayor intensidad en el más grande fenómeno de la historia que es la Iglesia. La Iglesia en su realización histórica no es otra cosa que el aspecto visible de la Jerusalén celeste, una imagen que se asemeja a su prototipo, que espera continuamente la presencia de la sociedad invisible de Dios, con sus ángeles y santos y nos conduce a las realidades inmutables, a Dios.²⁸

Esta mirada sacramental que Newman tiene de la historia, le permite tener una valoración más honda de los hechos que suceden en ella. El cristianismo, como revelación que acontece en la historia, es en sí mismo, un don sobrenatural que tiene su origen y su vida en el mundo invisible, y sólo su extensión en el visible. De modo que se presenta en el terreno de la historia, como un designio inmenso, que se proyecta a lo ancho y a lo largo, no lo abrazamos, sino que nos rodea y abarca por todos lados.²⁹ El cristianismo trae el sentido de la historia; no es él una grandeza histórica, sino la historia una grandeza cristiana.

La configuración de su pensamiento a partir del *principio sacramental*, le ha dado a su espiritualidad un elevado sentido del Misterio. Aquí, Newman participa de la atmósfera natural que caracterizó al movimiento de Oxford, que se formó en un clima de oración y poesía, y encontró expresión lírica antes de comenzar a expresarse en tratados doctrinales.

26. Cf. “*The Invisible World*” (16.VII.1837) PPS.IV 13 867.

27. Cf. “*The Invisible World*” PPS. IV, 13 860 y 862.

28. Cf. “*The Church visible and Invisible*” (25.X.1835) PPS. III, 16 625.

29. J. H. NEWMAN, *The Via Media of The Anglican Church*, Edited with introduction and notes by H. D. Weidner, Oxford, Clarendon Press, 1990, 133.

En efecto, hombres como Keble, Williams, Froude y Newman eran todos ellos poetas que buscaban en la poesía algo más que placer estético, y en la religión algo más que sentimientos piadosos. Sostenían que la práctica misma y el cultivo de la poesía demostrarían poseer en alguna medida el poder de guiar la mente hacia la adoración y la plegaria.

Newman estaba convencido de ello, y compartía la afirmación de Keble cuando este decía que “aquellos que desde su corazón prorrumpan en poesía o buscan a Dios en la oración, necesitan siempre cultivar con todo su espíritu la visión de algo más bello, más grande y más digno de amor que todo lo que puede ver el ojo natural”.³⁰

La visión sacramental y poética de la existencia, Newman la aplica también a la percepción que el hombre tiene de la armonía de la música, cuya dulzura representa bellezas desconocidas y el ritmo espiritual de otro mundo:

“¿es posible que aquella cadencia de notas, con sus arreglos inagotables, tan rica y tan simple, tan resuelta y regulada, tan variada y majestuosa, no sea más que un sonido que se va y perece? ¿Puede ser que aquellas misteriosas conmociones del corazón, sutiles emociones, extraños anhelos de algo que no podemos precisar, y sublimes impresiones que no sabemos de dónde proceden, hayan sido forjadas en nosotros por algo que no tiene consistencia, que viene y se va, que empieza y termina sin trascender sus límites? No es así, no puede ser así. Deben de haberse desprendido de alguna esfera superior, son las emanaciones de la armonía eterna en el ámbito del sonido creado; son los ecos de nuestro hogar, la voz de los ángeles, el Magnificat de los santos, leyes vivas del gobierno divino o sus divinos atributos. Son algo más allá de sí mismas, algo que no podemos abarcar con el entendimiento. Algo que no podemos articular; aunque el hombre mortal tiene el don de sentir las realmente, y quizás en esto radica su distinción de los demás seres terrestres”.³¹

El “*principio sacramental*” posibilita ver a través del velo de las realidades creadas la presencia y acción vivificante de Dios, pero se sostiene en su pensamiento junto al “*principio del dogma*” que considera esencial para dar al acto de fe, un contenido y un fundamento situado fuera del propio yo:

30. C. DAWSON, *El espíritu del Movimiento de Oxford*, Madrid, Rialp, 2000 42. Sobre la dimensión poética del movimiento de Oxford, puede verse la excelente obra de O. CHADWICH, *The Spirit of The Oxford Movement. Tractarian Essays*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, 86 ss.

31. J.H. NEWMAN, *Fifteen Sermons Preached before the University of Oxford between AD. 1826 and 1843*. Introduction by Mary Katherine Tillman, vol. 5, Indiana, Notre Dame, 1997, XV, 398.

“Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra religión ni puedo hacerme a la idea de otro tipo de religión. La religión como mero sentimiento me parece algo ilusorio y una burla. Tanto puede haber amor filial sin la existencia de un padre como devoción sin la existencia de un Ser Supremo”.³²

Newman ha visto con claridad los peligros de una devoción que estimula la contemplación del propio yo y que degenera fácilmente en afectación piadosa e hipocresía. El error de los cristianos evangélicos dirá en 1838, “fue que apelaron a las experiencias dentro de ellos, más que a Aquel que existe sin ellos”.³³ La oración como experiencia de Dios, necesita de la verdad objetiva, que el creyente solo alcanza, abriéndose sincera y humildemente a la Revelación que Dios hace de sí mismo. Por el contrario, cuando se prescinde de la Verdad Revelada, que recogemos en la fuente de la S. Escritura y la tradición, la oración se vacía de su contenido real, llegándose a identificar la gracia del Espíritu Santo con la experiencia psicológica de su presencia en el alma. “No hay que admirarse –dice– de que, donde el pensamiento de sí mismo oscurece el pensamiento de Dios, languidezcan la oración y la adoración”.³⁴

Newman contribuyó eficazmente a librar la idea moderna de “*experiencia cristiana*” de las hipotecas subjetivistas en las que era mantenida la teología protestante. En este sentido, trasladó la idea de “*experiencia*”, desde unos planteamientos puramente epistemológicos de meros contenidos de conciencia, a un horizonte en el que la *vivencia religiosa* tiene lugar como reacción de todo el ser humano ante la Presencia cierta del misterio divino. Lo primero no es aquí la experiencia, sino Dios que la hace posible y la provoca en el hombre.

Actualmente ante la difusión de técnicas orientales de meditación en el mundo cristiano, y frente a renovados intentos, no exentos de riegos y errores, de fundir la meditación cristiana con la no cristiana, Newman nos proporciona algunos criterios de valor permanente, que nos ayudan a discernir entre tantos métodos de oración, que necesitan ser continuamente cribados, para evitar la caída en un pernicioso sincretismo.

32. Apo. 75. La relación existente en el cristianismo, entre “dogma y contemplación”, ha sido tratada profundamente por Von Balthasar al hablar del objeto de la contemplación, en *La oración contemplativa*, Madrid, Encuentro, 1988, 107-164.

33. J. H. NEWMAN, *Lectures on the Doctrine of Justification*, reprint of the third edition (1874) Eugene, OR., Wipf and Stock Publishers, 2001, 336.

34. *Ibid* 337. Sobre este argumento puede verse J. DANIELOU, *Contemplación Crecimiento en la Iglesia*, Madrid, Encuentro, 1982, 25-33.

4. La oración y la idea de Dios

La actitud ante la oración, ante el hablar “con” Dios, tiene mucho que ver con el hablar “sobre” Dios. Cuando se afirma a la vez la posibilidad de hablar sobre Dios y la realidad de hablar con Dios, ambos extremos se fecundan mutuamente.

El teólogo protestante Oscar Cullmann ha señalado la acción recíproca existente: “la oración presupone una determinada idea de Dios, y esta idea deriva de la oración. Concretamente la oración en el nuevo Testamento, presupone una concepción especial de Dios y todo lo que el Nuevo Testamento afirma sobre Dios y Cristo se basa en su idea de oración. Por el contrario, el rechazo de la fe en Dios tiene como consecuencia el rechazo de la oración.”³⁵

Cuando Newman ora o habla sobre la oración, el Dios de la Revelación se hace inmediatamente presente, en sus atributos divinos, en sus acciones histórico-salvíficas, en el rostro humano de su Hijo, como en el maravilloso universo de la gracia, actuante en la Iglesia y sus sacramentos, y reflejado en la Virgen María, los ángeles y los Santos.

La oración hunde sus raíces en la tierra fértil de la S. Escritura y “su meditación –explica Newman– tiene como fin, convertirla en algo real, hacer que los hechos que allí se refieren, resalten ante nuestra mente como objetos reales, que una fe tan viva como la imaginación que los aprehende, pueda hacerlos cosa propia.”³⁶

En las *Meditations and Devotions*,³⁷ donde late el corazón de la oración de Newman, alcanza el cúlmen de sus elevaciones espirituales la meditación sobre Dios, a quién contempla en la profundidad de su Ser, emergiendo en el centro de su religiosidad un irresistible sentido de Dios, que se constituye en el principio fundamental de su espiritualidad.

La contemplación de Dios se detiene ante todo en su perfección absoluta, de la cual está convencido gracias a muchas experiencias: “Estoy convencido, por una íntima percepción de ella en mi conciencia, como un hecho experimental, tanto que creo más fácil negar mi personalidad, que

tu personalidad, y perdería los fundamentos para creer en mi existencia, si negase la tuya.”³⁸

Aflora aquí en germen la prueba de la existencia de Dios de tipo psicológico-existencial que Newman describe ampliamente en la *Grammar*, y que él prefiere a la prueba histórica y metafísica:

“Si no fuera por esa voz que habla tan claramente a mi conciencia y a mi corazón, yo sería ateo, panteísta o politeísta al mirar el mundo. Hablo de mí, de mi caso, nada más. No voy a negar, ni mucho menos la fuerza de los argumentos a favor de la existencia de Dios extraídos de la vida y la sociedad humana o del curso de la historia. Pero este tipo de argumentos no me encienden ni me iluminan, no barren de un plumazo el invierno de mi desolación, no hacen germinar las flores ni salir las hojas dentro de mí, no hacen que se regocije mi ser mortal, que busca a Dios.”³⁹

En la elevación sobre la perfección absoluta de Dios, describe su mirada con una variedad de motivos: sin Dios no tendría el coraje de existir, tendría terror de vivir en este mundo selvático; mientras que con Dios, experimento seguridad y paz.⁴⁰ Advierte además su condición de creatura y se admira ante la bondad de Dios que lo ha hecho a su imagen, para que pudiera dialogar con Él. Dios es el creador sapiente, origen y fuente de cuanto existe en el mundo, de todas las creaturas que fueron pensadas, proyectadas y queridas desde siempre: “Todo ser por más insignificante que sea, es pensado y creado por ti; cuanto más cada alma que comienza a existir por tu precisa voluntad y acción. Tu vez, tu haz visto desde toda la eternidad a cada una de tus creaturas”.⁴¹

Después de haberse detenido en la descripción de todos los seres creados, en la belleza y variedad de las cosas, débil reflejo de las perfecciones divinas, Newman se repliega sobre sí mismo y sobre el dilema de su destino eterno: “¿O Dios mío, te veré algún día? ¿Qué visión puede ser comparada a esta gran visión? ¿Podré ver la fuente de aquella gracia que me ilumina, me fortalece y me consuela?”⁴²

corazón durante la meditación. El libro se divide en tres partes: la primera contiene las Meditaciones sobre la doctrina; la segunda parte las Meditaciones sobre las Letanías Lauretanas para el mes de mayo y la novena de San Felipe Neri; y la tercera parte las Meditaciones sobre la Pasión de Cristo, el Vía Crucis y oraciones varias.

38. MD 107.

39. Apo 239-240.

40. MD 108.

41. MD 109.

42. MD 110.

35. O. CULLMANN, *La oración en el Nuevo Testamento*, Salamanca, Sígueme, 1999, 31.

36. J. H. NEWMAN, *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*. Edited with Introduction and Notes by I. Ker, Reprint, Oxford, Clarendon Press, 1998, 97.

37. Obra póstuma publicada en 1893 por el P. William Neville, que fue secretario y ejecutor testamentario de Newman. En ella reúne todos los manuscritos dejados por Newman, que tuvo durante su vida el hábito de anotar aquellos pensamientos que de modo más vivo golpeaban su

Un atributo de Dios que atrae constantemente la atención de Newman es su inmutabilidad, “centro y atracción de todos los seres creados.”⁴³ Lo confronta con la aguda prueba y el sentido de la propia inestabilidad, del cambio incesante del correr de los años, por el que ve estrecharse cada vez más el espacio entre el tiempo y la eternidad. Advierte la precariedad y la relatividad de todas las cosas y se expresa con frases de profunda gravedad, que recuerdan algunos pasajes de la sabiduría bíblica:

“Mi amoroso Señor, es humillante para mí tener que decir: Dios será todo en todos, lo quiera yo o no. ¿No debería ser precisamente mi más grande deseo? ¿Quién sino tú puede hacerme feliz? También si yo tuviera, como ahora a disposición todas las posibilidades que puede ofrecerme el espíritu del mundo, en el curso de una generación, es más, de solo pocos años, ¿acaso no me llenaría de hastío? Si el mundo presente tuviera una duración eterna. ¿Podría acaso saciar mi alma? ¿Acaso hay algo terreno, aún ahora, que a la larga no me canse? ¿Acaso ama el viejo las mismas cosas que el joven? No estamos sometidos tal vez a un cambio perpetuo?

Estoy seguro, Dios mío, de que llegará un día, no importa que esté lejos o cerca, en el que se habrán agotado todas mis alegrías mundanas. Tú solo, Señor mío, eres el alimento capaz de saciarme para toda la eternidad.”⁴⁴

Newman percibe que el devenir de la historia con sus incesantes cambios, encierra un sentido positivo, al no asegurarnos tienda duradera en este mundo, y exigirnos una constante “*pérdida y ganancia*” (Loss and Gain): “Aquí abajo, vivir es cambiar y ser perfectos es haber cambiado frecuentemente.”⁴⁵ Este “cambio” (o pérdida), es otro modo de expresar la “conversión” (metánoia), y le es exigido al hombre si quiere ver el rostro de Dios; aquí, es el ser real, su propia alma la que debe ser transformada para ser capaz de disponerse a la visión. Solo el santo puede “ver” (reconocer una naturaleza semejante) y gozarse en el Dios Santo. Así Newman se dirige a Dios: “Haz que día a día me modele sobre ti, y sea transformado de gloria en gloria, para la continua contemplación de ti y para incesantemente apoyarme en tus brazos.”⁴⁶

En la exploración del misterio de Dios Newman se encuentra con su santidad, que lo llena de estupor y lo pone en adoración; la describe co-

43. MD 112.

44. MD 120.

45. *Development* 67.

46. MD 112.

mo la realidad por la cual Dios es el totalmente Otro, separado e infinitamente diverso de las creaturas.

Newman sufre por la incapacidad en comprender tal atributo y usa palabras que no logra explicar. Esta “docta ignorancia”⁴⁷ retornará constantemente en las *Meditations*, y nos permite descubrirlo en la línea de la gran tradición, iniciada con Gregorio de Nisa⁴⁸ y seguida por el Pseudo Dionisio,⁴⁹ hasta retomarse en el anónimo inglés “*Cloud of Unknowing*” (Nube del no-saber), acaso la mejor obra de espiritualidad del siglo XIV. Idea fecunda en la espiritualidad cristiana de occidente, encontrará sus herederos en Nicolás de Cusa, los místicos alemanes especialmente Juan Taulero y Jan Van Ruusbroec,⁵⁰ consagrándose definitivamente en la *noche oscura* de S. Juan de la Cruz.⁵¹

En la edad moderna, Newman aparece como el mejor testigo de esta tradición.⁵² Sus elevaciones constituyen un encendido canto de adoración y de alabanza, en el que Dios es celebrado en su naturaleza divina, contemplada en la luminosidad de sus atributos, como en el pálido reflejo que de ella hacen sus creaturas.

“Tú eres Santo en todas tus obras, Señor, y si en el mundo existe el pecado, ello no viene de ti; ello viene del enemigo, de mí mismo. A mí, al hombre, la vergüenza de elegir el mal, mientras quiero el bien. ¡Qué abismo entre tú y yo, Dios mío, no solo en cuanto a la naturaleza, sino también en cuanto a la voluntad! Tu voluntad es siempre santa. ¿Cómo podré yo arder al acercarme a ti, Señor? Sin embargo debo acercarme, y cuando muera tu me llamarás para juzgarme. «¡Ay de mí estoy perdido!. Porque soy un hombre de labios impuros» (Is. 6,5). Tu Cruz, Señor, revela la distancia que existe entre yo y tu, mientras que al mismo tiempo la anula. Ella muestra la gravedad de mi pecado y el horror con el cual tu lo miras. Hazme comprender, mi amado Señor, la doctrina de la Cruz en su plenitud, de modo que ella me enseñe no solo mi alineación a ti, sino que me done también la virtud de tu reconciliación.”⁵³

47. Cf. S. AGUSTÍN, *Ep.* 130, 14.25.

48. Cf. S. GREGORIO DE NISA, *De Vita Moysi*, 46.

49. Cf. PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *Teología mística*, 3.

50. JAN VAN RUUSBROEC, *Bodas del alma*, L. 3 c.1.

51. S. JUAN DE LA CRUZ, *Noche Oscura*, C. 9.

52. La dimensión mística de la espiritualidad newmaniana fue puesta de relieve por autores como, Przywara, Walgrave y el carmelitano P. Albert de la Anunciación, entre otros. cf. G. VELOCCI, *Newman Místico*, Roma, 1964, 8-9.

53. MD 115.

5. Simplicidad y sinceridad, virtudes del orante

Puede parecer extraño que un hombre como Newman, dotado de tal habilidad intelectual, rezara de manera tan simple y natural, que cualquier persona puede hacer propias sus oraciones. No es casual que durante el período anglicano dedicase tiempo a traducir del griego aquellas oraciones que el obispo Lancelot Andrewes (1555-1626) compuso en siete partes siguiendo el esquema del relato de la creación, para ser utilizadas como un auténtico curso de plegaria universal, breve y preciosa.⁵⁴

Newman hizo suyas estas oraciones que le acompañaron toda la vida, y se identificó tanto con su estilo, nutrido de sabor bíblico, que al componer sus propias oraciones no hizo sino emular al maestro espiritual por excelencia del anglicanismo.⁵⁵

Amante de las cosas simples y genuinas, Newman evitó la elocuencia y prefirió expresar en sus oraciones aquello que experimentaba en el trato con Dios. En esto descubrimos una nota de autenticidad que lo mantiene alejado de la tentación de aparecer singular, en el trabajo de búsqueda de bellas palabras y pensamientos, en las que se termina hablando más a uno mismo que a Dios.

En el sermón *Unreal Words* –palabras irreales–, describe con agudeza psicológica este defecto que vive latente en el espíritu humano, mostrando a la vez el modo para desarraigarlo del corazón:

“Siempre prometemos cosas mayores de las que podemos cumplir, y confiamos en que Dios nos ayudará a realizarlas. Nuestras promesas implican una petición de luz y fuerza. Todos recitamos el Credo. ¿Pero quién lo comprende perfectamente? Lo más que podemos expresar es encontrarnos en camino de entenderlo; de entenderlo en parte, de desear, orar y esforzarnos para entenderlo cada vez más. Nuestro Credo se convierte en una especie de oración. Las personas son irreales culpablemente en su modo de hablar, no cuando dicen más de lo que sienten, sino cuando afirman cosas diferentes de las que sienten. Un avaro que alaba la limosna o un cobarde que formula reglas para el valor son irreales. Pero no es irreal un hombre modesto que habla de lo grande, una persona dadivosa que se extiende sobre la magnanimidad, el hombre generoso que alaba la nobleza de ánimo, el abnegado que usa el lenguaje del austero o el confesor que exhorta al martirio.

54. Cf. La versión inglesa *The Devotions of Bishop Andrewes* en J. H. NEWMAN, *Prayers, verses and Devotions*, San Francisco, Ignatius Press, 2000, 3-95.

55. Cf. L. BOUYER, *Spiritualité Protestante e Anglicana*, Bologna, EDB, 1972, 101.

Lo que he dicho se reduce a esto: sé sincero contigo mismo y hablarás de religión donde, cuando y como debas hacerlo; apunta seriamente a tus metas, y tus palabras serán correctas aunque no siempre aciertes con ellas”.⁵⁶

Newman desconfiaba de las devociones sentimentales y reprobaba a aquellos que para poder rezar debían estimular sus sentimientos y transportarse a un estado de excitación emocional. Estos estados, considera, son sentimientos engañosos y sucedáneos al encuentro real con Dios, ya que no brotan de la gracia que comunica el diálogo con Él en la meditación de su Palabra,⁵⁷ sino de una sensibilidad desfasada que se erige en termómetro de la religión.⁵⁸ Por eso insiste en que la Fe es el medio seguro para ponerse en contacto real con Dios. Este puede ser un camino no siempre fácil y rico en satisfacciones, pero pensar que podemos mejorarlo introduciendo nuestros sentimientos e ideas es un error que conduce a graves distorsiones en la vida espiritual. Newman ha mostrado que a la verdadera fe, la cual es “sin color como el aire o el agua”, muchos son tentados de sustituir por “un sentimiento, una noción, una sensación, una convicción, o un acto de razón en la cual poder apoyarse. Estos buscan antes bien una experiencia interior, que la realidad personal de Cristo”.⁵⁹

Como todos los grandes maestros de la espiritualidad cristiana, Newman enseña que orar no siempre es sentir a Dios. Hacer de la sensibilidad el termómetro de la vida de oración puede conducir a ciertas aberraciones. Esto es verdad en todas las relaciones personales, y la oración lo es en grado superlativo. El amor se sitúa siempre más allá de la sensibilidad, lo que no quiere decir que la desprecie. Newman perseveró paciente y constantemente en la oración y dedicó todo un sermón anglicano al tema de la *abnegación como criterio de seriedad religiosa*.⁶⁰ Él mis-

56. Cf. *“Unreal Words”* (2.VI.1839) PPS V, 3 985-986.

57. Cf. *“Christ’s Privations a Meditation for Chistians”* (12.IV.1840) PPS. VI, 4 1212.

58. Cf. *“The Religion of The Day”* (26.VIII.1832) PPS: I, 24 200.

59. J. H. NEWMAN, *Lectures on The Doctrine of Justification*, Eugene, OR, Wipf and Stock Publishers, 2001, 336. Mostrando a toda la Iglesia el ejemplo y la doctrina de santa Teresa de Jesús, que en su tiempo debió rechazar la tentación de ciertos métodos que invitaban a prescindir de la humanidad de Cristo en favor de un vago sumergirse en el abismo de la divinidad, el Papa Juan Pablo II decía en una homilía del 1.XI.1982 que el grito de Teresa de Jesús en favor de una oración enteramente centrada en Cristo “vale también en nuestros días contra algunas técnicas de oración que no se inspiran en el evangelio y que prácticamente tienden a prescindir de Cristo, en favor de un vacío mental que dentro del cristianismo no tiene sentido. Toda técnica de oración es válida en cuanto se inspira en Cristo y conduce a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida”, AAS 75 (1983) 256-257.

60. Cf. *Self-denial the Test of Religious Earnestness”* (22.XII.1833) PPS. I 5 41.

mo no siempre encontró fácil la oración; predicando sobre el tema se preguntaba en una ocasión: *¿es una cosa fácil la plegaria?* A lo cual daba esta respuesta:

“Es fácil recibir un río de sensaciones, y luego dejar que nuestras preguntas nazcan sobre ellas, y jamás buscar de atender al deber de la oración hasta ese momento; sin embargo no es nada fácil tener el hábito, día a día, hora tras hora, en todas las condiciones de espíritu, como en todas las circunstancias de la vida, llevar delante de Dios un alma calma, recogida en sí misma y pronta. No es nada fácil impedir a la mente que se distraiga cuando se encuentra en oración, y tener alejados todos los pensamientos vanos. No es nada fácil realizar lo que somos, lo que tenemos delante o lo que estamos buscando. Tampoco es fácil alejar el mundo de nosotros y comprender que Dios y Cristo nos están escuchando, que los ángeles y santos están junto a nosotros, y que el demonio desea tenernos... ¿Quién podría decir que es fácil apresar el gozo en la oración? ¿Por el contrario, no es nuestra alegría en el orar, transitoria, y nuestra atención irregular.”⁶¹

La sinceridad con la que Newman habla acerca de las dificultades del orante va siempre acompañada de una notable sencillez, reflejada en las largas listas de personas por las cuales tiene la intención de orar,⁶² como en la lucha contra las distracciones y la aridez,⁶³ la devoción que encuentra en las letanías,⁶⁴ las confidencias espirituales que le brotan en las novenas,⁶⁵ o el gusto por la asidua recitación del Rosario.⁶⁶

61. Cf. PPS. IV 75.

62. El corazón pastoral de Newman se trasluce en las intenciones de la semana para su oración personal en 1824: *“Intercesión por el rebaño de S. Clemente, clérigos, disidentes, romanistas, aquellos sin religión, piadosos, rectos, capilleros y otros oficios, enfermeros, ancianos, jóvenes, mujeres que trabajan con niños, ricos y pobres, escuelas; que la Iglesia pueda ser reconstruida, y bien, por la unidad, por la extensión de la religiosidad.”* Cf. Oratory Archives, C.5 12 en PLACID MURRAY O.S.B. *Newman The Oratorian*, Herefordshire – England, Leominster, 1980, 60.

63. J. H. NEWMAN, *Cartas y Diarios 138-139*.

64. Además de las meditaciones para las letanías Lauretanas, Newman compuso comentarios a las letanías de la Penitencia; de la Pasión; para los siete dolores de la B.V. María; para la Resurrección; el Corazón Inmaculado y el Santo Nombre de María.

65. En las meditaciones para la novena de S. Felipe Neri, Newman abre notablemente su corazón pidiendo en cada oración una gracia, descubriendo así sus carencias y debilidades: “San Felipe, glorioso patrón mío, que no ambicionaste jamás la alabanza y menos aún la estima de los hombres; alcánzame con tus oraciones esta bella virtud, de mi Señor y Salvador. Tanto más cuanto orgullosos son mis pensamientos, despreciativas mis palabras y ambiciosas mis obras. Concédeme aquel bajo concepto de sí mismo, del cual tú fuiste dotado; dame conocimiento de mi nada, de modo que yo pueda alegrarme cuando sea despreciado y no desee ser grande, sino solamente a los ojos de mi Dios y Juez”. cf. J. H. NEWMAN, *Prayer, Verses and Devotions*. 189.

66. LD XXII, 68.

Algunos años después de su paso a la Iglesia Católica siendo sacerdote del Oratorio, hablará con gran fervor de la adoración Eucarística como práctica distintiva en la espiritualidad de los fieles católicos:

“Queridos hermanos, no debo ciertamente recordaros que la bendición con el Ssmo. Sacramento es uno de los ritos más simples de la Iglesia. Los sacerdotes ingresan y se arrodillan; uno de ellos abre el tabernáculo, toma el Ssmo. Sacramento, lo introduce en posición vertical en una custodia de metal precioso y lo coloca en alto sobre el altar entre luces y candelabros, para que todos lo vean. Los fieles dan comienzo al canto; mientras tanto el Sacerdote incienza dos veces al Rey del cielo, delante del cual está arrodillado. Luego toma con la mano la custodia y volviéndose hacia los fieles, los bendice con el Santísimo Sacramento, haciendo el signo de la Cruz, mientras un acólito llama la atención de todos haciendo sonar unas campanillas.

Es la solemne bendición que nuestro Señor imparte a sus fieles, como cuando extendía las manos sobre los niños, o bendecía a los discípulos antes de subir al cielo en el Monte de los Olivos. Como hacen los hijos que antes de irse a la cama por la noche, se reúnen delante del padre, así una o dos veces por semana, la gran familia católica se presenta delante del Padre Eterno, después de la fatiga y los trastornos del día: y Él les sonríe y derrama sobre ellos la luz de su mirada. Se realiza así plenamente la invocación que el gran sacerdote pronunciaba sobre el pueblo de Israel: «Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te muestre su gracia. Que el señor te descubra su rostro y te conceda la paz». ¿Puede existir un rito más conmovedor que este, incluso a juicio de aquellos que no creen? Cuantos son aquellos, que aún no siendo católicos, son movidos a decir: ¡Ojalá pudiera creer! Cuando ven al sacerdote tomar en mano la fuente de la misericordia, y a los fieles inclinados para orar. Entre los ritos de la Iglesia es uno de los más bellos, naturales y consoladores”.⁶⁷

6. Conclusión

La larga vida de Newman fue toda ella de constante oración y de comunión con el mundo invisible. No fue por cierto un viaje místico con fenómenos extraordinarios, sino un esfuerzo perseverante en la debilidad y en la oscuridad de la condición humana.

Experimentó horas de extrema amargura y abandono, pero también momentos de pacífica adoración y de alegre alabanza. Su método fue sim-

67. J. H. NEWMAN, *Lectures on The Present Position of Catholics in England*, Introduction and notes by Andrew Nash. Gracewing, Herefordshire and University of Notre Dame Press, 2000, 274-275.

ple en la forma, impetrativo en el carácter, eucarístico y devocional por preferencia personal. Cuando se fue haciendo anciano, su espíritu de oración y su firmeza espiritual crecieron hasta alcanzar la plena madurez del espíritu.

Al final, él mismo, su propia vida se convirtió en una plegaria. Como otros grandes amigos de Cristo, John Henry Newman es un ejemplo y una ayuda para todos aquellos que desean progresar en la simple pero empeñativa búsqueda de la oración diaria.

RICARDO MIGUEL MAUTI

03.12.06 / 14.05.07